

A PUNTA SECA Fernando Pérez Ollo

Una visión ni arcaica ni revolucionaria y no tan 'nueva'



Nueva historia de Navarra-

Autores: M.A. Beguiristáin, J.J. Sayas Abengochea, F.J. Navarro, A.J. Martín Duque, M. R. García Arancón, A. Floristán Imízcoz, A. González Enciso, J. Salcedo Izu, M. Vázquez de Prada, J. Andrés-Gallego y Pedro Pegenaute.

Editor: Francisco Javier Navarro.

Edición: Pamplona, 2010. Eunsa. Págs. 653 (incluidas las 43 del Atlas histórico final).

Precio de venta: 36 €.

HAN salido a la luz pública tantas historias del Reino de Navarra como se han escrito historias de todas las naciones del mundo”, ironizaba el P. Isla en su *“Día grande de Navarra”* (Pamplona, 1746). La hipérbole satírica que empapa el libro del jesuita leonés –muy celebrada al principio, pero que luego le obligó a salir del Reino– afectaba de lleno a dos compañeros de ceñidor y votos, Moret (1617-1687) y Aleson (1634-1715), cronistas oficiales del Reino, cuyos tomos de *Investigaciones históricas y Anales* el leonés de Vidanes debía de conocer sin salir de casa. La ironía encerraba una verdad: a los navarros les interesaba conocer su pasado, no siempre por razones intelectuales. “Esos historiadores ingenuos llaman objetividad al hecho de medir las opiniones y actos del pasado con los criterios de la mayoría de los hombres actuales: en esto encuentran el canon de toda verdad y su trabajo consiste en acomodar el pasado a la trivialidad del presente. En cambio llaman subjetivo a todo historiador que se niega a conceder un valor canónico a esas opiniones populares”, escribió Nietzsche, citado por W. Worringer en la introducción de *“La esencia del estilo gótico”*, traducido por García Morente. Nietzsche describía a su modo algo bien conocido desde hace veinticinco siglos, desde Heródoto, que la Historia es cuestión ocular, de ver y de reflejar lo visto, como resume François Hartog, que dedicó al historiógrafo grie-

go su tercer libro, *“Le miroir d’Herodote”* (1980) y en el último, *“Évidence de l’histoire. Ce que voient les historiens”* (2005), insiste en la idea esencial de la visión, pero muestra las inciertas y cambiantes fronteras de lo visible y lo invisible que caracterizan las sucesivas formulaciones modernas de la Historia. La visión cambia de época en época y la Historia, *sensu stricto*, son los hechos del pasado y su narración e interpretación rigurosa, es decir el análisis de sus diversos y cambiantes porqués.

Once capítulos, once firmas

El título de esta “Nueva Historia de Navarra” encierra una cierta presunción, pero no más osada que la de la RAE cuando aplica el mismo adjetivo “nueva” a su última gramática. El manual va dividido en once capítulos, firmados por profesores o ex profesores de la Universidad de Navarra. María Amor Beguiristáin suscribe el de Prehistoria. José Javier Sayas Abengochea el de “Vascones y romanización de Navarra”. Francisco Navarro, editor del volumen, el tercero, “Navarra en la Antigüedad tardía (siglos III-VII)”. Ángel J. Martín Duque avala el cuarto, “Navarra en la Alta Edad Media”. María Raquel García Arancón, el siguiente “Navarra en la Baja Edad Media”. Alfredo Floristán Imízcoz, el sexto, “Integración en la Monarquía de España (1425-1610)”. A. González Enciso escribe el de “Crisis y readaptación: la plenitud foral (1610-1814)”. J. Salcedo Izu el octavo, “Instituciones y gobierno de Navarra en la Edad Moderna (1512-1841)” y Mercedes Vázquez de Prada el de “Navarra 1814-1900”. José Andrés-Gallego ofrece el décimo, “Navarra 1900-1975”. El último, “Navarra 1975-2008”, es el único que luce dos firmas, Pedro Pegenaute Garde y el citado Andrés-Gallego. La presentación es de Valentín Vázquez de Prada y el epílogo, de José Luis Comellas, catedráticos en Pamplona y Sevilla, respectivamente.

Hitos y 1512

El capítulo más breve es el tercero y el más extenso el de Floristán, pero si atendemos a bloques cronológicos, la Edad Media acaba para casi una cuarta parte del texto, menos que los dos capítulos últimos y bastante menos que la suma de las páginas de Floris-



Los Fueros: la negativa (1893) al régimen fiscal común.

J.C.CORDOVILLA

tán, González Enciso y Salcedo Izu. Ésta es una relativa novedad. Hasta tiempos recientes la Historia de Navarra reapeinó una y otra vez la Edad Media y desatendió la Edad Moderna, como si la historia se hubiera cerrado en 1512 y sólo mereciera la pena conocer el “Viejo Reino” (reyno como Beyre, Cadreyta, Leyre, Leyza, Oteyza, Traybuenas, Astrayn, etcétera).

Novedad es también que los capítulos no siguen la división tradicional –o convenida– de las edades históricas. Los límites de la Antigüedad y la Edad Media permanecen invariables, pero Floristán salta el hito universal de la caída de Constantinopla (mayo de 1453) y el navarro de 1512: arranca desde los conflictos hispánicos, las ambiciones y frustraciones dinásticas, posteriores a la muerte del rey Noble (1425) y encarnadas por Blanca I, su marido Juan II, su hijo Carlos y los Foix-Albret, y, a una con la invasión militar, cifra la extinción del reino en un asunto interno, la

banderización irrestañable de la realidad social esencial que Eloísa Ramírez Vaquero llamó “solidaridades nobiliarias” –red fundamental del poder, incluido el del trono–, de modo que el último apartado del capítulo analiza la “erosión de los bandos y refundación del reino”, tras la “guerra de Navarra” (1512-1529) efecto inmediato de la invasión.

Los reyes españoles –no digamos sus altos funcionarios– no aceptaron que en 1512 se fraguara un pacto entre reinos iguales, “aunque los términos usados fueran calculadamente ambiguos por parte del monarca castellano”, como señala V. Vázquez de Prada. El “Fuero reducido” (1528)

Un resumen histórico en once capítulos a cargo de once profesores o ex profesores de la UN

recopiló las leyes aprobadas en las Cortes, únicas válidas, según Navarra, a diferencia de las rubricadas por el rey no aceptadas por las Cortes (1561). Felipe II rechazó tal pretensión legislativa que cuestionaba su autoridad real, si bien terminó por aceptar el derecho de ‘réplica’, seguido en el siglo XVII por el de ‘sobrecarta’, menos poderoso y eficaz de lo que se suele decir.

Me parece éste el capítulo nuclear y más interesante del libro, un texto que acredita la autonomía y el rigor analíticos de Floristán, ahora en Alcalá de Henares. Esa interpretación disgustará por igual a quienes niegan que en 1512 hubiera invasión militar de Navarra, es decir conquista, como escribió Luis Correa, y a los que, aun historiadores, pretenden que Navarra no fue nunca un reino hispánico sino un curioso ‘estado’ fuera del tablero político europeo, así como a quienes aplican a aquellos hechos criterios jurídico-morales y conceptos anacrónicos a la vez que desprecian los propios de la época.

Manos, prosa y nivel

La obra sufre lo que parece inevitable en un trabajo a varias manos: desigualdad entre unos capítulos y otros. Junto a autoridades reconocidas, que resumen notorias aportaciones suyas –Martín Duque, por ejemplo (sus estudios en la *“Historia de España Menéndez Pidal”*, 1992, con E. Ramírez Vaquero, y 1999, y su *Sancho III el Mayor*, 2007), Sayas o Salcedo Izu– encontramos síntesis y reelaboraciones. Los dos capítulos finales suenan más sociológicos que históricos, y más si se repara en que uno de los firmantes del último aparece, caso único en el libro, como representante político en tres fotos. Algunas páginas pueden provocar polémica, con o sin base –en términos paralelos a los que concita 1512–, como la del *limes vasconum*, Sancho el Fuerte o los beneficios de la unión a Castilla en 1515, que ya expuso Goñi Gaztambide para la Iglesia.

La doble columna del texto facilita su legibilidad. La prosa, de tonos diversos, no pretende nivel literario y resulta a veces un tanto profesoral, salvo Andrés-Gallego, sin duda más práctico en empeños divulgativos.

Un resumen con solvencia general, ajustado, claro es, a una visión ni arcaica ni revolucionaria.

El Tahití del navarro Patxi Úriz se expone en Madrid

• El fotógrafo muestra en la sala de la librería Tierra de Fuego las imágenes que tomó en la isla y que se exhibieron en la Ciudadela en noviembre

MARÍA ANTONIA ESTÉVEZ

Madrid

El vibrante colorido de las fotos tahitianas de Patxi Úriz acogió la semana pasada en Madrid a esa

tribu especial de periodistas trotamundos que dedican su quehacer profesional a seducir con sus relatos de viajes a los lectores de las revistas especializadas. Son las mismas fotografías que se exhibieron en la Ciudadela de Pamplona en noviembre y que aquí en Madrid se cuelgan de sala de exposiciones de la librería Tierra de Fuego. Con todas las rutas del mundo esperando en sus estanterías, la oferta que llegaba de las fotos de Patxi

Úriz era una de las más tentadoras que puedan soñarse. Tahití y sus islas transmiten, bajo la atenta mirada del fotógrafo navarro, “todo lo que el visitante añora sueña y desea: sol, temperatura agradable todo el año, sosiego, paz, aire refrescante por la noche, playas de arena blanca, aguas transparentes y limpias, posibilidad de surf y buceo, pesca abundante, palmeras y cocoteras, y una tupida vegetación con ausencia casi total de animales dañinos, molestos o peligrosos” Lo cuenta en el prólogo del catálogo el donostiarra José Manuel Alonso Ibarrola, escritor de viajes también él y un apasionado y frecuente viajero a aquellas islas.



Patxi Úriz, delante de una de sus imágenes.

JUAN MACUA